

HITOS Y PROTAGONISTAS

LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA EN BUENOS AIRES

Federico Pérzola

Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias

Las epidemias han sido siempre un terrible azote para la población. Sus secuelas fueron espantosas, pero produjeron cambios que redundaron en beneficio de la sociedad. La peste negra, que asoló sobre todo a Europa, fue el puntapié inicial para el Renacimiento. La epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires obligó a las autoridades —con un concepto equivocado acerca del origen del daño— a dotar a la ciudad de agua corriente, abandonando la costumbre de servirse de las aguas oscuras del Río de la Plata y de las contaminadas de los aljibes. Durante esa misma epidemia, un joven médico llamado Tomás Perón formó parte de la comisión que, durante un corto tiempo, prohibió a los saladeros tirar sus afluentes al ancho río situado al margen de la ciudad.¹

Luque sostiene que “es posible que la fiebre amarilla haya existido en el nuevo mundo antes del descubrimiento y que no haya sido otra la enfermedad que atacó a los españoles en el Darién, primer país conquistado en tierra firme. El historiador López de Gomara, en efecto, al relatar estos sucesos, habla de las condiciones hostiles del país, con su clima ‘enfermo húmedo i (sic) caliente’, agregando que ‘poníanse los españoles de color de tiricia o mal amarillo’ [...] Puede ser, decía después, que ‘el deseo que tienen al oro en el corazón, se les haga en la cara i (sic) cuerpo aquel color’.² Estas apreciaciones son atinadas y atendibles, ya que en ese lugar existían dos elementos primordiales en las causales de la enfermedad: los mosquitos y la selva, donde permanecían al acecho los virus en sus reservorios naturales.

En el Río de la Plata, la primera de las epidemias de fiebre amarilla tuvo lugar en Montevideo en febrero de 1857. La ciudad, que contaba por entonces con 15.000 habitantes, debió

soportar —en tres meses— la pérdida de 888 personas.

Al año siguiente —de manera análoga a lo que había ocurrido a través de la ruta de las naves españolas, que provenían de Brasil con enfermos de fiebre amarilla, y con la lógica propagación impulsada por los mosquitos—, la epidemia llegó al puerto de Buenos Aires. Juan José Montes de Oca, con la experiencia adquirida en Brasil, diagnosticó los primeros casos y confirmó la entrada de la enfermedad a Argentina. Penna³ calcula que afectó a 250 personas, de las cuales 150 murieron. Por su parte, Berruti⁴ adelanta la fecha al otoño de 1857 y sostiene que llegó en el buque británico Prince, que había hecho puerto en Río de Janeiro. Sin embargo, según observa La Femina Altieri,⁵ “...en *La Prensa* del 20 de enero de 1858, en el apartado ‘Reuniones’, dice que en la población reina gran alarma con motivo de las noticias que han corrido respecto de la existencia de la fiebre amarilla en esta ciudad”. Si bien en ese momento el periódico sostenía que no se trataba de una epidemia, en su edición del 3 de febrero informaba de la existencia de la fiebre amarilla en un barrio de Buenos Aires.

Este llamado de atención fue necesario ante la escasa reacción de la población, que tan sólo se defendía con la esperanza de que el mal golpease en la puerta del vecino y no en la propia.

Según la edición del 1 de febrero de *La Prensa*: “Los primeros casos se encontraron en la calle Bolívar 392. El doctor Argerich y el doctor Gallarini, si bien dudaban que los casos fueran de fiebre tifoidea, como así los diagnosticaron en los certificados de defunción, pidieron a los habitantes del inmueble que tomaran medidas preventivas, porque casi seguro se estaba en presencia de fiebre amarilla”. Se trataba quizás de

uno de los primeros casos con los que comenzaba la terrible epidemia, que se extendió para castigar también a otros barrios.

Ante esta situación se aconsejaban las siguientes medidas higiénicas: fogatas sin humos nocivos, limpieza de las letrinas y blanqueo del interior de las casas. A las personas, se les recomendaba que durante la espera de la atención médica bebieran infusión de manzanilla y aceite de oliva, pero no en exagerada cantidad.

Es curioso que, desconociendo que el mal se propagaba a través de los mosquitos, se disponía preparar fogatas para alejarlos, aunque igual acción tendrían sobre los miasmas, la teoría en boga señalaba que las enfermedades infecciosas se originaban en zonas pantanosas, pútridas, afectadas por cataclismos o con presencia de peces muertos, que contaminaban la atmósfera.

Según algunos investigadores, en febrero de 1871 le tocó al reconocido médico Santiago Larrosa diagnosticar una nueva llegada de la fiebre amarilla a Buenos Aires. En San Telmo se inició la violenta epidemia que se extendería por toda la ciudad con características de catástrofe. La tasa de mortalidad alcanzó al 7% de la población, con casi 14.000 decesos. El diario *La Prensa* del 23 de marzo de 1871 señalaba que la epidemia estaba causando estragos en el barrio de la Boca: ocasionaba 30 víctimas por día. En abril el número de muertes diarias ascendió a 300, y el 10 de ese mes la cifra fue de 500 personas. Antes del comienzo del flagelo se tomaron algunas precauciones, puesto que los barcos procedentes de Brasil llevaban la patente de sanidad sucia; en ella se escribía: “Existen algunos casos de fiebre amarilla en este puerto y ciudad”. La nota en cuestión indicaba que el buque debía permanecer en cuarentena.

En este contexto se produjeron des-inteligencias entre las autoridades, que en muchas ocasiones contrariaban las disposiciones de los médicos higienistas. Como dice Scenna,⁵ las diversas opiniones podrían atribuirse a que "pese a su magnitud, la epidemia de 1871 ha sido poco estudiada y es bastante mal conocida, fuera de algunos episodios anecdóticos". En ese sentido, el autor menciona la publicación de Mardoqueo Navarro, conocida como su Diario. Luego señala dos libros, que al momento de realizarse la nota eran los únicos publicados sobre el tema: "Bajo el horror de la epidemia" (1932) de Ismael Bucich Escobar y "La peste histórica" de 1871 (1949) de Leandro Ruiz Moreno.

En el comienzo de la epidemia, *La Prensa* informó: "En estos días ha corrido un rumor de que esta peste empezaba a desarrollarse en la ciudad. Se decía de dos muertos en el Hospital, de dos más al lado del Hotel Roma, del mismo modo que de cinco enfermos, en la misma casa. Podemos entre tanto asegurar al pueblo, según informe de un facultativo que nos merece fe, que esos casos no son de fiebre amarilla, sino de una tifoidea muy fuerte".

La tercera parte de la población de Buenos Aires, que en ese entonces contaba con 200.000 habitantes, huyó hacia el campo y otras zonas de la misma urbe, lo que originó un desplazamiento con consecuencias futuras: las grandes casas deshabitadas se convirtieron posteriormente en conventillos, que albergarían a los inmigrantes. Las clases dominantes se trasladaron del Sur al Norte. También, como ocurría en Roma durante la peste anto-

nina o galénica (donde quien escapó fue justamente el médico griego Galeo), muchos profesionales desertaron. Sin embargo, fue mucho mayor la lista de los que afrontaron la situación luchando denodadamente contra el mal. Luque² ofrece los nombres de los que pagaron con su vida la dedicación a sus semejantes: Francisco Javier Muñiz, Caupolicán Molina, Vicente Ruiz Moreno, Guillermo Zapiola, Ventura Bosch, Gil José Méndez, Adolfo Argerich, Aurelio French, José Pereyra Lucena, Francisco Riva y el practicante Parides Pietranera.

Asimismo, Cignoli⁷ menciona una serie de farmacéuticos fallecieron durante la epidemia. El caso paradigmático es el de Aurelio French, nombrado también por Luque por su doble condición de médico y farmacéutico. Dentro de esta última profesión aparecen además Luis Guien, Zenón del Arca, Hermenegildo Piña, Tomás Piña y Emilio Furque.

Según Berruti,³ "el último caso mortal que registran las crónicas fue Pedro García, español, casado, de 50 años de edad y carpintero, que falleció el 24 de mayo en la calle México 159, entre Chacabuco y Piedras, es decir en el barrio de Catedral al Sud. Este enfermo fue atendido por el Dr. Antonio Romero, y lo denunció el comisario Patricio Igarzábal".

Prácticamente medio año le alcanzó a la fiebre amarilla (el 21 de junio de 1871 fue declarada oficialmente la terminación de la epidemia) para ocasionar un movimiento demográfico interno, provocar numerosos decesos, motivar el regreso de muchos inmigrantes a sus países de origen, mostrar la vulnerabilidad de los métodos sani-

tarios y agregar un nuevo cementerio a Buenos Aires.

Finalizada la epidemia, el desaparecido diario inglés *The Standard* le atribuyó 26.600 óbitos, lo cual generó una oleada de indignación por considerar que la cifra era exagerada; la Revista Médico-Quirúrgica redujo la cantidad casi a la mitad: 13.614; Mardoqueo Navarro, en un pormenorizado cuadro con las nacionalidades de los fallecidos, habló de 17.084 víctimas fatales; José Penna –según Scenna⁵– "recurrió al sencillo expediente de compulsar en los libros de los cementerios cuántos cadáveres de personas muertas de fiebre amarilla fueron inhumadas en el primer semestre de 1871. Obtuvo estos resultados: Cementerio del Sur 11.044, Cementerio de la Chacarita 3.423, total 14.467". La colectividad italiana fue la que tuvo mayor cantidad de víctimas mortales y, además, la que sufrió la saña de haber sido considerada la que había traído la peste.

Vale reiterar las cifras, porque son elocuentes. Hernández⁸ lo expresa con claridad: "La ciudad vio disminuida su población a causa de la epidemia en un 7%, es decir que murieron cerca de 14.000 personas. Nunca epidemia alguna había producido tantos muertos, y la ciudad había sido herida tan profundamente".

Buenos Aires había soportado la llegada artera de la epidemia de fiebre amarilla no sólo a través de la vía marítima, sino también por el desplazamiento del agente vector: una especie de mosquito que no es autóctono de la zona pero que, por mecanismos climatológicos, puede afincarse –como lo hizo– por cortos períodos.

Cómo citar este artículo: Pérgola F. La epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires. Rev Argent Salud Pública. 2014; Mar;5(18):48-49

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

¹ Cutolo VO, Risolia VA. Tomás L. Perón. Grandeza e infortunio de una vida. Buenos Aires: Imprenta del Ministerio de Salud Pública; 1953.

² Luque PL. Los médicos en las epidemias. Segundo Congreso Nacional de Historia de la Medicina Argentina. Córdoba, 21 al 24 de octubre de 1970.

³ Scenna MA. Diario de la Gran Epidemia. Fiebre amarilla en Buenos Aires. Todo es Historia. 1967;8:9-27.

⁴ Berruti R. Médicos que actuaron en la epidemia de fiebre amarilla de 1870. Segundo Congreso Nacional de Historia de la Medicina Argentina. Córdoba,

21 al 24 de octubre de 1970.

⁵ La Femina Altieri AA. 1871: fiebre amarilla en Argentina. La Prensa Médica Argentina. 1982;69:37-42.

⁶ Correo del día. Fiebre amarilla. La Prensa. Buenos Aires, 30 de marzo de 1870.

⁷ Cignoli F. Farmacéuticos caídos durante la epidemia de fiebre amarilla del 71 en la Gran Aldea. Segundo Congreso Nacional de Historia de la Medicina Argentina. Córdoba, 21 al 24 de octubre de 1970.

⁸ Hernández HH. Cuatro siglos de epidemias que asolaron Buenos Aires. Quirón. 1981;12(1,2).